

SEIS LECCIONES DE HISTORIA

VALERIO MASSIMO MANFREDI

SEIS LECCIONES DE HISTORIA

y otras incursiones en el mundo antiguo

CON ILUSTRACIONES DE DIANA MANFREDI

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sei Lezioni d'Storia e altre incursioni nel mondo antico*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

© Ilustración de la cubierta: Imagen de un jarrón griego con el héroe de los mitos antiguos y la inscripción «Athena Pallada y Odiseo». Shutterstock

Primera edición: febrero de 2023

© 2018 Compagnia Editoriale Aliberti
© de la traducción: Juan Carlos Gentile Vitale, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2759-5

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B-640-2023

Impreso en España

ÍNDICE

Ulises, el caminante moderno	9
I. Alejandro Magno: el nacimiento de un mito	33
II. Los verdaderos protagonistas de los idus de marzo	43
III. Los tesoros de Alejandría. Tecnología y ciencias en la antigüedad	51
IV. ¿El Imperio romano nació en un pueblo de Emilia?	59
V. Los templarios entre la historia y leyenda	69
VI. Por las rutas de los fenicios	91
 Un mensaje para los estudiantes.	 137
 El mundo antiguo ilustrado por Diana Manfredi.	 145
Notas	155

ULISES, EL CAMINANTE MODERNO

Ortezzano, agosto de 2015

Conferencia

«En el firmamento de Homero hay dos estrellas: Aquiles y Odiseo», nos cuenta un gran historiador.

Aunque, de algún modo, Ulises es superior al mismo Aquiles. Es ya protagonista absoluto de la primera de las vicisitudes homéricas: el rapto de Helena, el viaje a Troya para devolverla, el asedio y el plan que idea con la trampa que puede hacer caer la ciudad. Y además tiene un poema exclusivamente propio: la *Odisea*. Ahí vive aventuras absolutamente extraordinarias e increíbles.

Podemos decir que, después de Homero y Ulises, no se ha inventado nada en narrativa. Ulises es un explorador, un amante irresistible, un padre de un amor infinito, un amante que nunca olvida a su mujer (ni siquiera entre los brazos de una diosa), un aventurero, y el chamán que evoca las sombras de los muertos del más allá. Es, qué duda cabe, un personaje absolutamente increíble.

Pese a que la gran mayoría de los poemas del ciclo de Troya se ha perdido, en la época de Virgilio aún se podían leer en las bibliotecas romanas. El segundo libro de la *Eneida* es una recuperación del *Iliou persis*, es decir, *La caída de Troya*, uno de los cantares del ciclo. Un joven estudioso italiano, De Biasi, ha publicado recientemente un volumen fundamental sobre este tema. También yo, en mis novelas, he intentado narrar el arco vital de este hom-

bre: una vida que termina con un enigma literario que es quizás el más extraordinario de toda la historia de la literatura universal. Hablamos, claro, del misterio del «último viaje».

Sobre este mismo tema han vuelto recurrentemente muchos escritores y poetas. Primero, Eugamón de Cirene, cincuenta años después de Homero; luego, los grandes trágicos del siglo v: Esquilo y Eurípides, y también el gran poeta Licofrón de Alejandría, Virgilio, Dante Alighieri, Tennyson, Pascoli, Cavafis y, naturalmente, James Joyce. Yo he querido contar su historia en primera persona. Es decir, en una situación anterior a la evocación y a la distorsión obrada por los poetas, tanto los cortesanos como los callejeros, los rapsodas y los aedos. Un relato completo, desde su nacimiento hasta el último viaje.

★ ★ ★

En el primero de mis títulos, *Odiseo*, narré el episodio en que Ulises es huésped de la hechicera Circe. Él le pregunta: «¿Qué será de mí? ¿Volveremos a Ítaca? ¿Volveré con mis compañeros?». Y ella responde: «No estoy en condiciones de decírtelo. Debes evocar del más allá a la sombra de Tiresias, el profeta tebano, y él te contestará».

Es así como Circe enseña a Ulises el tétrico ritual de evocación de los muertos que sin duda estaba en uso en la época y que además fue utilizado incluso hasta la época romana. Entonces, cuando Tiresias llega del más allá, le habla: «Tú deseas el regreso, resplandeciente Odiseo, regreso que un Dios te hará amargo porque has cegado a su hijo y te has burlado de él sin piedad. Regresarás, sí, pero tarde y mal, sin compañeros, y encontrarás la casa invadida por pretendientes que acechan a tu esposa, y a todos los deberás eliminar a cara descubierta o a escondidas con el engaño, pero también entonces», y he aquí la segunda parte, el último viaje, «no podrás disfrutar de tu dulce esposa ni de tu querido hijo,

pues volverás a partir con un remo al hombro hacia el continente. Irás tan lejos que encontrarás gentes que no conocen el mar, no condimentan los alimentos con sal, no conocen las naves con mejillas de minio ni los remos que son las alas de las naves». Y concluye Tiresias: «Clávalo en el suelo, inmola al soberano Poseidón un toro, un carnero o un jabalí, y sólo entonces podrás regresar, y a ti, agotado por una serena vejez, la muerte te matará, dulce, precedente del mar. Te he dicho toda la verdad».

Es una imagen increíblemente fascinante. Así será al final la historia de Ulises. Es el último viaje. Ya el prólogo de la novela, en cursiva, está ambientado en el último viaje. Y luego, en el curso de toda la narración, tanto en el primero como en el segundo volumen, por doquier el lector encuentra una palabra o una frase en cursiva; deberá entender, entonces, que nos encontramos en ese mismo lugar...

Las tinieblas se tragan la escasa luz. El viento vuelve a correr por la llanura, gimiendo en la oscuridad, despertando largos alaridos de lobos. Lllaman nieve, nieve, nieve. ¡Qué noches tan largas! No acabará nunca. ¿Ha existido alguna vez la isla besada por el mar, silenciosa bajo la luna llena, perfumada de mirto y asfódelos?

Sin embargo, un día lejano nació un niño en la isla, en el palacio sobre el monte; era hijo único. No lloraba, pero enseguida trató de hablar, de imitar los sonidos aprendidos en las tinieblas del seno materno.

De igual modo, a muchos poetas y a muchos directores cinematográficos ha inquietado esta figura de Ulises, tan alejada en el tiempo. Y de muchas maneras ha sido representada.

Recuerdo una película de Franco Rossi, producida por la RAI, con dos protagonistas tan identificados con su personaje que des-

pués de ellos ha sido imposible encontrar a otros igual de convincentes. Recuerdo también una versión un poco embarazosa en que Penélope era interpretada por Greta Scacchi y Odiseo, un actor de televisión con el pelo largo y un poco de barriga que parecía una vieja tía. No doy el nombre, pero creo que nunca dos artistas han sido tan mal emparejados para interpretar estos papeles.

El hecho es que él, Ulises, es único, inimitable, irrepetible e inalcanzable. Él es el rey de Ítaca. No es fácil decir por qué, a treinta siglos de distancia. Dejemos, sin embargo, que sea él mismo quien hable:

—Madre, ¿cómo viniste bajo la sombra oscura? ¿Quizás Artemis aulladora te traspasó con una de sus flechas, o una enfermedad lentamente te ha consumido?

—No, hijo, Artemis aulladora no me ha traspasado con sus dardos ni una enfermedad me ha consumido lentamente, sino que el deseo de ti, hijo resplandeciente, me ha quitado la vida.

—Y mi padre, ¿dónde está mi padre? ¿Disfruta aún de sus privilegios? ¿Aún vive en el palacio?

—No, hijo, se ha retirado a la campiña, y una sierva sícula lo asiste. En invierno, se duerme sobre la ceniza aún cálida del hogar; en verano, allí donde lo atrapa la oscuridad un lecho de hojas lo espera, y suspira afligido por ti.

A mi entender, no es posible ir más allá de estas palabras, de estos versos. Este canto, en el undécimo libro de la *Odisea*, el de la evocación de los muertos, inspiró en su momento el sexto canto de la *Eneida* de Virgilio, que a su vez sirvió de base para el *Infierno* de Dante.

La triangulación Homero-Virgilio-Dante es extraordinaria. Tres titanes, tres gigantes, tres personajes de tal envergadura que uno siente vértigo. Desde que se compuso la primera historia de

Ulises, si bien no sabemos cuándo ni cómo ocurrió ni quién fue su creador, el personaje se ha reinventado, reciclado, deformado y distorsionado completamente casi en cada generación posterior.

El primero en recrearlo fue un poeta del siglo VII, Eugamón de Cirene. Escribe este autor una *Telegonía* con la que intenta dar continuidad a la profecía de Tiresias en el libro XI de la *Odisea*. Más tarde, los grandes trágicos del siglo V representan a Ulises como un criminal de guerra, el prototipo de los sofistas que usan la inteligencia para prevalecer sobre alguien más fuerte, piénsese en las vicisitudes con Áyax.

Luego hay un poema críptico del alejandrino Licofrón, al que alguien incluso ha definido como el Ezra Pound de la antigüedad, que lo representa en clave profundamente negativa. He oído a alguien en televisión declarar que Penélope no fue fiel a Ulises: se trata, en realidad, de una reinención de los siglos III o IV a. C. Todo esto no tiene nada que ver con el personaje de Homero, y, cuanto más avanzamos en la historia de la literatura, más encontramos nuevas interpretaciones.

Nos dice Dante:

Vi ambos litorales hasta España,
hasta Marruecos, la isla de los sardos,
y las otras que el mar en torno baña.

Viejos y lentos yo y los compañeros
éramos cuando llegamos al estrecho
en el que sus señales puso Hércules,

para que el hombre más allá no avance:
a mano diestra yo dejé a Sevilla,
en la otra mano había dejado a Ceuta.

—¡Oh, hermanos! —dije—, que por tantos miles
de riesgos ya llegasteis a Occidente,
en esta ahora tan breve vigilia

»de lo que en los sentidos remanece,
no queráis ya negaros la experiencia
de ir, con el sol, al mundo despoblado.

»Tened presente, pues, vuestra ascendencia,
no os engendraron para vivir cual brutos,
mas para ser virtuosos y sapientes.

Esforcé tanto a los compañeros,
con tan breve oración, para el camino,
que luego fue difícil contenerlos;

y vuelta nuestra popa a la mañana,
con los remos hicimos alas locas,
siempre avanzando por el lado izquierdo.

Del otro polo, todas las estrellas
yo veía en la noche; el nuestro, bajo,
ya no emergía del nivel marino.

Encendida y extinta, cinco veces
la lumbre se mostró bajo la luna,
desde que entramos en el arduo trance,

cuando asomó una montaña, oscura
por la distancia, y pareció tan alta
como ninguna de las antes vistas.

Nos alegramos, pero volvió el llanto,
 pues un turbión nació en la tierra nueva,
 y él percutió de frente a nuestro barco.

Lo hizo girar tres veces en el agua;
 la cuarta, arriba le mandó la popa,
 y la proa le hundió, cual Alguien quiso,

y al fin se cerró el mar sobre nosotros.*

Sólo el puño de Dios puede destruir la nave del rey de Ítaca que está a punto de atracar en el más allá, desafiando a todos los peligros del universo.

Ulises es un personaje del que ninguno de nosotros puede prescindir. Si se hubiera perdido este maravilloso canto de Homero, no tendríamos a Virgilio, ni a Dante, Tennyson, Pascoli, James Joyce, Constantino Cavafis, Arturo Graf o tantos otros.

Pero ¿cómo es posible que esté dotado de tanta fuerza? El motivo es que, por una combinación de sinergias, de energías secretas y poderosas, ha salido a la luz un personaje, no sabemos si ficticio o verdadero —yo creo que es verdadero—, en el que toda la humanidad, a lo largo de todos los siglos, se ha visto reflejada.

Ulises no es un monolito, como Aquiles. Es un hombre, incluso un hombre frágil, puede ser víctima del pánico, huir como un cobarde o batirse como un león en primera fila. Él, que adora a su esposa y desafía cualquier fuerza del cielo, de la tierra y del mar con tal de regresar, tiene muchas amantes, como cualquier marinero, en lugares misteriosos, remotos, en los confines del mundo,

* Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, traducción de Ángel J. Battistessa, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1979.

y ellas son presencias femeninas misteriosas, omnipotentes y solitarias, y todas lo esperan.

—Ven conmigo, a la cama, para que unidos en el amor podamos fiarnos el uno del otro.

—No, porque cuando yo esté desnudo en tu cama, tú tendrías de mí total dominio. Libera primero a mis compañeros.

No hay página, no hay verso en el poema que no nos recuerde algo de nosotros mismos. La mezquindad, el heroísmo, el amor, el afecto, el deseo y los sentimientos más delicados; el viejo padre, la madre que ya no está, el hijo al que nunca ha visto crecer.

Durante muchos años, los estudiosos han estimado que la historia de Ulises era una especie de reconstrucción de la de algún viejo portulano, una vieja aventura de mercaderes fenicios. Por entonces, no se sabía que los personajes de los relatos homéricos tuvieran la capacidad de navegar, aunque en realidad nadie era tan hábil como ellos. Ulises es el héroe vagabundo, es el hombre que siempre quiere regresar, pero sucede que, cada vez que llega a la vista de su tan deseada isla, siempre ocurre algo. Los dioses soplan sobre su frágil vela y lo rechazan a alta mar.

Pero esto no ocurre sin que él, secretamente, dentro de sí, no lo desee. Cuando escribía mi novela, ya había decidido hacerlo hablar en primera persona para que contara la historia de un modo más o menos realista, y me preguntaba cómo debía hacer hablar a cíclopes, sirenas o monstruos antropófagos y qué narraría cuando lo hubiera hecho atracar en una isla en los confines del mundo habitada por una sola criatura femenina, sublime, soberbia y absoluta. ¿Cómo representar siete años en ese lugar?

Durante años, fue mi único deseo, mi única obsesión, y yo lo fui para ella. Me había transformado; nunca me había

sentido tan fuerte, tan agudo a la percepción de lo que ocurría a mi alrededor. El aire que respiraba, el olor de la isla, las flores, el mar, la hierba, la arena, el bosque... todo era su perfume; ella era la isla y el cielo encima de ella, el mar que la abrazaba. La isla entera era nuestra alcoba, y sólo a veces hacíamos el amor en la gruta en el lecho de flores. Por doquier nos cogía el deseo; la isla era la cama, el paño de fino lirio extendido debajo de nosotros.

Sin embargo, no había olvidado a Penélope y, a menudo, cuando surgía la luna, incluso cuando la diosa me apretaba, dominante, entre sus muslos de marfil, mi corazón parecía salirse de la boca y lanzaba un desgarrador saludo a la esposa lejana. Cuando, agotado, me desplomaba sobre la playa como un naufrago y ella se alejaba desnuda bajo la luna, yo lloraba lágrimas silenciosas, volviendo la cabeza hacia la sombra de la noche.

Todo esto el poeta no lo escribe. Sólo dice que Ulises pasó siete años en esa isla, hasta que apareció un joven con sol en el cabello enviado por los dioses para decirle que lo dejara marchar, y Circe le dio la madera para construirse una balsa y provisiones, y le indicó la ruta que seguir, pero hasta el último momento intentó disuadirlo: «Pero, ¿qué tiene Penélope que no tenga yo? Su belleza se marchitará, los labios que han encendido tu pasión se arrugarán. Sin embargo, yo seré siempre bella, y también tú podrías serlo. Podrías ser inmortal. Quédate aquí y no morirás nunca».

—En cuanto a tus compañeros, ahora ya no pueden verte ni oírte, son cenizas o pasto de los peces, no los reconocerías, muy poco queda pegado a los huesos. Olvídalos también a ellos. ¿Para qué sirven tantos recuerdos?

—Para nada. Por eso me son necesarios, por eso son tan gratos a mi corazón. Para ti la vida no tiene valor, lo tienes

sin límites. Nada te puede marcar, nada puede cambiarte. Yo sé que la mía acabará antes o después. Por eso amo cada uno de sus instantes, por eso cada soplo de viento, el trino de un pájaro o el perfume de una rosa silvestre me resulta precioso. Por eso cada alba y cada ocaso son distintos, visión de maravilla y de estupor...

El poeta no ha escrito nada de todo esto, pero lo ha integrado en sus palabras. El canto épico es algo extraordinario, y para entenderlo es preciso seguirlo paso a paso. El poeta componía de nuevo, espontáneamente, una vez tras otra, a la vez que golpeaba el suelo con los pies, siguiendo el ritmo. Conocía todas las vicisitudes de los héroes, pero cada vez declamaba una poesía distinta, y, para mantener en un puño la atención de su auditorio —en ello le iba el pan— avanzaba en la historia sólo por picos narrativos. No tenía tiempo, entre una cresta y otra, entre una ola y la siguiente de los flujos épicos, de descender a los valles.

Pero nosotros, sí. Y por eso una reflexión: ¿os habéis preguntado alguna vez dónde ha ido a parar la tela de Penélope?

Pues bien, el poeta creó ese topos universal —aún hoy nos referimos a «la tela de Penélope» para indicar algo que nunca ha terminado, que nunca se completa—, y después decide abandonarlo, tirarlo, porque ya ha obtenido su objetivo. Pero el humilde narrador que indignamente sigue sus pasos recoge del suelo la tela de Penélope y restituye la función para la cual ha sido creada: ser el sudario de Laertes, el rey padre, el héroe argonauta.

En el canto épico, un clímax narrativo y el siguiente están conectados por una sola línea, y los aedas están obligados a reconstruir un sendero, el único posible. Para ello, es preciso haber vivido y revivido el relato: primero de niño, luego de adolescente, de joven, de hombre..., hasta llevarlo impreso en la propia sangre. No estoy hablando de una cualidad o de una dignidad expre-

siva, sino de un sendero espontáneo. Si queremos hablar del primer viajero moderno de nuestra época y del último, que es siempre él, Ulises, debemos entender esto. En definitiva, debemos ser partícipes de todo esto.

★ ★ ★

La fuerza de la narración en la *Odisea* es tal que el eco del poeta resuena hasta el infinito. Cuando Tiresias, en el undécimo canto, dice «no conozco...», y Dante, veinte siglos después, escribe «con los remos hicimos alas locas», se crea una cadena que atraviesa siglos y milenios, por motivos que no estamos en condiciones de explicar hasta el fondo.

En realidad, las vicisitudes de Ulises son muy sencillas. Él, como rey parte a la guerra y más tarde, durante el regreso a casa, se pierde; pierde su flota, pierde la nave, lo pierde todo, incluso también a sí mismo. Luego, cuando al fin arriba a su isla, Ítaca, se encuentra el palacio invadido por jóvenes arrogantes que acechan a su esposa, y comete una masacre. Ésta es la historia. Basta. Sobre estas circunstancias, que de alguna manera pueden entenderse como el drama de cualquier soldado veterano, alguien ha construido una historia inmortal.

Nos hallamos ante un personaje que va a la guerra —una guerra que no quiere y que intenta evitar a toda costa, y bien lo vemos en sus estratagemas, en las cuales es maestro, así como con sus intentos de aplicar la diplomacia, pero no hay nada que hacer— y al fin decide que es preciso ganarla. Y no es Aquiles quien la gana, el guerrero invencible, poderoso, cuyo alarido aterroriza a los caballos y desbarata los ejércitos, sino que es él quien lo consigue: Odiseo. Y, después, ¿en qué se convierte este hombre? En un vagabundo.

Es ésta una historia que ha sido contada muchas veces: el marinero extraviado que llega a tierras desconocidas y encuentra

monstruos, magas, hechiceras, demonios y cualquier cosa imaginable. Pero, entonces, ¿por qué precisamente la suya, sólo la suya, sobrevive, se canta y resuena una y otra vez?, ¿por qué sus aventuras tienen lugar más allá de un muro de niebla detrás del cual todo es posible? Porque es tan perfecta la construcción que no es posible concebir nada más evolucionado.

Al final será él mismo quien cuente toda la historia al rey de los feacios cuando aparece desnudo en su playa. Y serán precisamente ellos, los feacios, los que lo llevarán de vuelta. Entre tanto, vivirá el amor de una princesa niña, pero no se aprovechará de ella, sino que la respetará.

Cuando Odiseo se despierte en Ítaca, no la reconocerá; no sabe dónde está hasta que un pastorcillo lo despabila con su repiqueteo. Entonces, Odiseo le pregunta: «Muchacho, ¿qué sitio es éste? ¿Está habitado por gente civilizada que respeta a los dioses y a los huéspedes o por gente salvaje?». El pastorcillo le responde: «Pero... ¿cómo? ¿De dónde vienes que no conoces nuestro lugar? Éste es el lugar más famoso del mundo, porque ha sido la cuna del destructor de Troya, la mayor y más importante ciudad del mundo». Así se da cuenta Ulises de que está en casa. «¿Y de dónde vienes, pues?», insiste el pastorcillo. Y nuestro héroe se inventa una de las tantas mentiras que suele utilizar para protegerse. Aún ve ante sí la sombra ensangrentada de Agamenón, que le advierte: «No te fíes, Odiseo; después de ella nadie se podrá fiar de su esposa, di una cosa y piensa otra». Repentinamente, el pastorcillo lo mira fijamente con sus penetrantes ojos verdes y lo acaricia: «Incorregible mentiroso, ¿no me reconoces?». Y entonces sí que Odiseo lo reconoce; es Atenea —y ésa es la primera vez que la diosa lo toca en los poemas—, y ella lo transforma: «Esta vez, tú y yo venceremos juntos. Fuera este cabello demasiado oscuro, fuera este pecho demasiado poderoso, fuera estas espléndidas vestiduras... Debes parecer un mendigo, un hombre

insignificante, y por ello llevarás también una alforja en el hombro, con una cuerda gastada».

Hay quien sostiene que el héroe que combate en Troya es un hoplita de pesada armadura, mientras que éste es un arquero. En ese caso, se trataría de dos personajes distintos. Pero no era así. ¿Cómo consigue Odiseo reconquistar su casa? Del mismo modo que ha expugnado Troya: convirtiéndose él mismo en caballo de Troya. Nadie lo reconoce cuando llega al palacio, únicamente su perro, que lo ha esperado veinte años. Los perros no viven veinte años, aún menos entonces. Pero éste no es un perro cualquiera; es el perro del rey, ha gruñido a la muerte y la ha rechazado para morir a los pies de su amo. «Y Ulises se levantó la capucha para esconder una lágrima».

Todos sabemos cómo termina la historia. Los familiares de los muertos aparecen en el palacio de Ítaca para matar a todos los miembros de la casa real, el rey padre, el rey hijo y el heredero, el príncipe Telémaco, pero la diosa Atenea desciende de los cielos y se presenta ante ellos, como un *deus ex machina*, e impone la paz. Nos preguntamos entonces qué podría haber sucedido después... El aeda acababa allí su relato.

¿Cómo hubiera podido Odiseo, al día siguiente, mirar a los ojos a su pueblo? Él, que ha perdido en el mar a toda una generación de jóvenes aristócratas, al fin ha regresado para masacrar a otra generación, aun con todo su derecho. Por eso, yo me planteé lo siguiente: Odiseo no hubiera podido de ningún modo evitar hablar a su pueblo, y, por tanto, quise describir ese encuentro.

Recuerdo que hace ya bastante tiempo una amiga me invitó a ir a Apulia para presentar mi última novela. Ella me propuso hacerlo en un lugar mágico, una vieja finca de la zona. La idea no me agradaba demasiado, porque estimo estos lugares que se dicen rurales un poco demasiado falsos, chics; en resumen, sitios donde todo resulta bastante falso. En cambio, me encontré entre

olivos gigantescos, seculares o quizá milenarios, con un teatro cavado en la roca en que se habían reunido al menos un centenar de personas.

Comencé a leer el discurso que pronuncia Odiseo —tal como lo había imaginado yo, puesto que no existe en ninguna parte— para reconciliarse con su pueblo.

Poco después, se había creado una atmósfera mágica. Efectivamente, había un hombre que hablaba a un pueblo, y una asamblea que, sentada en un teatro, lo escuchaba, mientras el viento movía las ramas de los olivos, que brillaban como plata bajo el sol.

—¡Itacenses! —grité—. ¡Escuchad! Yo soy Odiseo, hijo de Laertes, vuelto a la tierra de sus padres después de muchos años de dolores y peregrinaciones. Soy el conquistador de Ilión, y rey de esta isla y de las otras vecinas. Os he convocado para deciros que no habría querido volver así a Ítaca. No solo, no después de tantos años y despojado de todo. Sabéis que no quería esta guerra. Y tampoco la quería el rey Laertes, mi padre. Hicimos todo lo posible por evitarla, incluso fui a Troya con el *wanax* Menelao de Esparta a pedir a Príamo que devolviera a Helena. Todo en vano.

»Así comenzó una guerra que duró diez años. En todo este tiempo, siempre he cuidado a los hijos que me habéis confiado. Muchos de ellos eran para mí como hermanos. Siempre me coloqué delante de ellos en la batalla, y no detrás. Siempre he ayudado a los heridos, a quienes estaban en dificultades, y muchas veces he arriesgado la vida. Me vi obligado a abandonar a la esposa que hacía poco había conducido hasta mi casa, a mi hijo aún balbuceante, el príncipe Telémaco, a quien ahora veis resplandeciente con sus armas.

»Si hubiera tenido suerte, os habría devuelto a la mayor parte de aquellos que me siguieron, un gran botín y la gloria.

Juntos habríamos llorado a los caídos y elevado un gran túmulo cerca del mar para recordarlos. Pero ha sido así.

Y el discurso continúa hasta su cumplimiento.

Pero volvamos al texto homérico. Asistimos a la ordalía, a la masacre. Vemos a un Odiseo que, de harapiento mendigo, se transforma repentinamente en el héroe fulgurante que había abandonado Ítaca veinte años antes. En un momento dado, llega Teoclímeno, el vidente asesino. Telémaco lo ha encontrado en la bahía de Pilos, donde él le ha confesado que había matado a un hombre y le ha pedido que lo protegiera de la venganza de sus parientes. Y Telémaco lo ha conducido hasta la casa.

En el momento en que Teoclímeno entra, grita: «Marchaos mientras estéis a tiempo. Veo el día de la venganza, el día del sol negro. Las tinieblas invaden esta casa y la corte, pues veo almas amontonándose en la boca del Hades». Y los hombres, que escuchan este aviso mientras comen y beben alegremente, se parten de risa. Pero no es una risa divertida, sino algo convulsa e histriónica, pues «y de los ojos vertían lágrimas».

El aeda representa un destino que ya no se puede cambiar. Las notas que Homero tiene en sus cuerdas son tan poderosas, tan sonoras, que crean en nosotros emociones incomparables que ninguna realidad podría igualar. Porque éste es el milagro del poeta, nacido por un cruce misterioso de energías; quizás un rayo lo ha golpeado en la cuna y le ha infundido un lenguaje que sólo los dioses, los hombres y tal vez también los animales pueden comprender. Un lenguaje que tiene mil sonoridades, mil significados, mil imágenes y símbolos.

En ese lenguaje está escrita toda su historia. Es él quien es persuasivo, sincero y apasionado, a la par que es valiente y es cobarde. Él, por un misterio aún más grande, es todos y cada uno de nosotros. Él es Nadie.

El último libro dedicado a Ulises está ambientado en Grecia en 1973. Nos muestra un personaje que resulta el primer caminante; un Ulises que llega, pero que siempre es obligado a volver a partir.

Los versos que hablan del último viaje son quizás el más grande misterio de la literatura universal. El aeda anuncia una segunda *Odisea*, de fango y de polvo; una *Odisea* continental que lo llevará a un lugar remoto para ofrecer un sacrificio. Partir del mar y regresar del mar para morir. *Thánatos ex halós*. Muerte desde el mar. Y precisamente sobre esto muchos otros poetas de la posteridad han intentado a continuación dar un futuro a esa historia.

No sabemos por qué lo ha hecho así el poeta. ¿Acaso quería crear de veras una segunda *Odisea* y no tuvo tiempo? ¿No quiso? ¿No lo consiguió? No tenemos respuesta. Pero lo cierto es que son muchos los que lo han intentado adivinar hasta hoy.

Sin duda, esta idea tiene un valor simbólico, pero el símbolo siempre está también ligado estrechamente al personaje. ¿Podría alguna vez dejar de viajar, cesar en su caminar? ¿Podría alguna vez amar tan fuertemente, casi con violencia, a sus seres queridos sin separarse de nuevo de ellos, sin sentir de nuevo su falta y el dolor que le muerde el corazón? Aquí nos hallamos, además, con la íntima contradicción del ser humano. Pero, al mismo tiempo, es la burla cruel del destino: intentar apretar contra el pecho a un espectro y sentir que las manos vuelven a estar vacías.

Es lo que hace Odiseo con su madre: quiere abrazarla, pero no hay nada, sólo una vacía apariencia. Todo aquello que nosotros creemos realidad podría ser una vana apariencia.



En aquellos tiempos, los hombres no tenían religiones consoladoras. Su más allá era increíblemente triste y melancólico. Sufrían

dolores y heridas por encima de lo que cualquiera podría soportar, para luego precipitarse en un mundo brumoso y frío y lamentar la vida perdida antes de tiempo.

Cuando Odiseo, en el Hades, se encuentra con la sombra de Aquiles, le pregunta: «Aquiles, cuando moriste te ofrecimos sacrificios infinitos, inmolamos víctimas y vertimos sobre tus cenizas un túmulo gigantesco para que cualquiera que pasara cerca por el mar lo viera y dijera: “Ésa es la tumba de Aquiles, que ponía en fuga a los ejércitos sólo con su grito de guerra”. Y también aquí, estoy seguro, en el mundo de los muertos, tú sigues siendo un rey. En cambio, yo moriré insepulto, mi cuerpo será abandonado en alguna playa desierta. Cuántas veces he invocado a la muerte...». Y Aquiles responde: «No alabes mi muerte resplandeciente, Odiseo, porque yo querría ser el aprendiz de un hombre que se gana la vida con su jornal, un hombre insignificante, pero en el reino de la luz, antes que reinar sobre las cabezas pálidas de los muertos».

Hay una melancolía infinita en esas palabras, y por eso también Odiseo se ve impulsado a volver a partir y a no detenerse nunca, tal como lo narro yo en mi trilogía, en la noche del 17 de noviembre de 1973: la Atenas de los coroneles, los militares que toman por asalto el Politécnico. En aquella confusión de alaridos, de gritos, de campanas y sirenas lacerantes en la oscuridad, aparece un misterioso personaje que cambia continuamente de identidad, que es inasible, que tal vez exista o tal vez ni tan sólo exista.

Comencé a novelar la historia de Ulises por una apuesta, y se me reveló como el libro con el que más he sufrido al escribirlo. Al llegar a la página 48, me había encallado. Ya no sabía cómo continuar, y estaba fuera de mí, porque mi sueño era escribir ese libro. El último viaje de un hombre que quizás existe o quizá no, con el que recorreremos la existencia incluso sin saberlo.

Como ejemplo, este pasaje del epílogo de la tercera novela de la trilogía, *El oráculo*:

Claudio había llegado a la cresta que dividía la vertiente de la bahía de Stavros de aquella de la bahía de Frikes a la una de la madrugada, y se había quedado sobre el tronco de un pino caído mirando el mar. Estaba oscuro y tranquilo y apenas se oía el movimiento de las olas sobre la playa. Llevaba una capa de cordero para cubrirse del aire frío y húmedo. De vez en cuando, bebía un sorbo de retsina, una costumbre que le había quedado de los viejos tiempos de la escuela arqueológica de Atenas. Le había venido más de una vez a los labios, en voz baja, el motivo de su canción y, con ella, irrefrenable, la ola de los recuerdos, de las imágenes tristes y alegres, de las voces, los sonidos y los perfumes, las pesadillas y los delirios. ¡Qué destino increíble tenía predestinado, cuántos acontecimientos inexplicables! En esa condición de espíritu, sus pensamientos se movían siempre sobre el filo de la navaja, sobre el confín inestable entre la realidad y el sueño, o la locura.

En aquella situación no podía pensar, ni reflexionar; era como un corcho en el agua: incapaz de hundirse y desaparecer, incapaz de tener una meta o un objetivo.

A mi parecer, hay una especie de nostalgia en quien indaga sobre el pasado; el deseo de encontrar una patria perdida o una tierra que siente como su patria pero que queda lejana, por lo que busca sus vestigios por doquier. Lo que distingue a los grandes pueblos, como el italiano, por ser el mío, por ejemplo, es precisamente una patria infinita.

Habitamos esta tierra desde hace treinta siglos, o al menos eso es cuanto conocemos. Nos han quitado nuestras tierras; han destruido nuestra patria, la han despedazado, humillado, arrasado y saqueado. Pero, con todo, mientras esa nostalgia exista dentro de nosotros, existiremos nosotros como pueblo. Y existe, aunque dis-

torsionada y diversa, pero siempre la misma, eso que llamamos «patria».

Y el mejor lenguaje para representar estas historias es «la palabra», ya sea escrita o hablada. La segunda es quizás aún más poderosa que la primera porque es la originaria. La primera literatura ha sido siempre oral. No sabemos con precisión cuándo nació el relato; tal vez, en el Neolítico, un cazador contaba a sus compañeros frente al fuego esa gran aventura que había vivido persiguiendo a un animal feroz, poderoso, herido y furibundo durante días y noches enteras, padeciendo el hambre y el frío, hasta finalmente conseguir abatirlo y saciar así el hambre de su familia y su tribu. Mientras hablaba, debió de haber visto crecer el estupor en aquellos que lo escuchaban, cada vez más atentos y partícipes, y así hubo de entender que cuanto más se enriquecía el relato mayor era el interés de los oyentes.

Aquél fue probablemente el momento en que se dio cuenta de que su palabra podía crear mundos que ya no existen o bien mundos que aún estaban por aparecer, vidas paralelas que nuestro destino no nos habría concedido vivir. Y seguramente así nació la expresión que hoy día daríamos en llamar «literaria».

Mi abuelo, el padre de mi madre, era un narrador popular. En realidad, trabajaba como capataz de una gran empresa agrícola, pero tenía una segunda profesión: en las largas noches de invierno, iba a las granjas cercanas, invitado por las familias, y en los establos, donde podían guarecerse del frío gracias al calor que proporcionaban los animales, contaba historias. Lo recuerdo bien, aunque era muy pequeño. Explicaba los relatos en nuestro dialecto boloñés, pero no en el mismo que usábamos todos los días, sino en otro más majestuoso, más solemne, más poderoso; incluso utilizaba palabras que yo no entendía: expresiones modulares, fórmulas fijas que, como narrador, empleaba para concentrarse e inventar o decidir lo que debía contar a continuación.

Había convenciones preestablecidas: los grandes animales salvajes eran representados en posturas heráldicas; por ejemplo, el águila con las alas desplegadas y el león con las fauces abiertas y rugientes. Todo se montaba para causar gran impresión.

No hay nada como la palabra hablada, como el relato oral. Si leemos un pasaje de poesía, primero en silencio y luego en voz alta, en la segunda adquiere un significado y una potencia completamente diferentes; porque ése es el modo en que nosotros lo hemos percibido por primera vez, y también, de igual modo, cómo nuestra primera patria es un mundo que ya no existe en realidad pero que de algún modo continúa persistiendo. Así, ni siquiera la narración a través de imágenes, como el cine u otras que he frecuentado más por curiosidad que por convicción —por no hablar, luego, de la escritura televisiva—, ofrecen una expresión más fría, pues, precisamente a causa de dichas imágenes no cabe la posibilidad de extenderse en los detalles.

★ ★ ★

En general, mis obras son, sobre todo, un deseo de aventura, de revivir estas extraordinarias aventuras como si fueran reales.

Si releemos el libro IX de la *Odisea* nos encontraremos con un personaje maravilloso: el cíclope. Como tal, no existe, esto es de sobras conocido, pero la narración es tan poderosa y realista que se vuelve verdadero. Una vez, me desperté sobresaltado en medio de la noche por un alarido de terror de mi hija. Sin dudarlo, me precipité a su cuarto, y vi que ella estaba acurrucada sobre la cama. Aullaba, aterrorizada, y balbuceaba sin cesar que un hombre había entrado en su habitación. Pero allí no había nadie. Entonces, agarré un bate de béisbol y registré toda la casa, sólo para confirmar que realmente no había nadie. Aun así, ella insistía en que lo había visto. Al año siguiente, nos fuimos de viaje para pre-

sentar una novela gráfica de mi hija basada en un relato mío, *Bagradas*. En Apulia, ella se alojaba en un B&B antiguo, en el centro, y yo, en un apartamento a la vuelta de la esquina. Temprano por la mañana fui a buscarla y, cuando bajó al oír el timbre, ella tenía los ojos hinchados. Me explicó que no había podido dormir, pues toda la noche había estado escuchando cómo alguien empujaba la mesa de la cocina y caían cosas de la alacena. Por supuesto, entré a comprobarlo, y vi que no había nadie y que la mesa estaba en su sitio. Pero ella aseguraba igualmente que todo era cierto.

Nuestra mente es una máquina increíble, capaz de cualquier cosa. En realidad, nunca podemos estar seguros de si aquello que vemos es verdad o si es una creación de nuestra mente.

Y por esto mismo la mente de los poetas es capaz de realizar tales milagros.